

da que fecunda en el otro el deseo que se oculta en la fugaz figura de la hetaira nocturna. Un aprendizaje de la ciudad desde sus trastiendas, atravesando sus fondos nebulosos, sus zonas prohibidas, perdiéndose en medio de la intriga y del deseo. Ciudad en rojo, acechante, erótica, antiburguesa y antigua, esencialmente antigua y premoderna, como hilo nunca cortado de una memoria en perpetua metamorfosis. Allí el berlinés aprendió a descifrar los signos de la decadencia en el brillo ostentoso del presente, descubrió el agotamiento de las promesas decimonónicas urgando en sus restos como alegorías de un sufrimiento por venir; viajando hacia el pasado supo deslizarse por las grietas de una modernidad que sin saberlo entraba en la noche de su historia, en el tiempo de su ocaso. Benjamin, el caminante, buscaba lo imposible de hallar, trataba de encontrar las otras ciudades, las otras épocas, las otras voces en el tejido urdido por la metrópolis contemporánea. Borges, caminando hacia la ceguera, siguió viendo siempre la misma ciudad abrumada por el paso de los años y el frenesí del progreso; Benjamin, quizá más pretencioso, trató de descubrir el París del siglo XIX en su doble deriva: por las callejuelas nocturnas de los barrios desechados por la decencia burguesa y por el amasijo de materiales apilados y sepultados en la Bibliothèque Nationale. Borges mantuvo en su memoria la ciudad de la infancia, la relatada por sus padres y abuelos; Benjamin se apropió de París a través de su literatura y de un paciente ejercicio arqueológico. Trayectorias distintas pero simétricas: los dos vivieron el presente como una fuga literaria hacia el pasado o, quizá mejor, convocaron en el presente los fantasmas del pasado, vieron la decadencia en medio del esplendor. Vivieron la historia como escritura, caminaron la ciudad como si fuera una obra estética y la describieron como metáfora de la sociedad.

III

«Sólo una cosa no hay. Es el olvido». Tema esencial que recorre como un hilo delgado pero continuo la obra borgiana y que constituyó uno de los ejes reflexivos principales de la escritura de Benjamin. El olvido y la memoria siempre van juntos, se necesitan allí donde más se oponen; la vastedad del tiempo teje caprichosamente el telar donde estas dos figuras disputan una imposible supremacía.

La memoria llega a ser la tan temida inmortalidad, el terrible cansancio de las oscuras noches del insomnio, el vasto horror de recordar para siempre el ayer, el suplicio del sufrimiento reiterado, o la melancólica dulzura de la infancia que vuelve en medio de la adultez despiadada. Pero la memoria es también pertenencia, supone una compleja trama donde se juntan la esperanza y el dolor acumulado por todas las generaciones que mordieron el polvo de la derrota; la memoria lleva la pesada carga de una promesa restitutiva, es el feroz combate que los hombres libran contra los fantasmas acariciadores del olvido, es la juntura de generaciones extrañadas que se han perdido en el remolino de la historia.

El olvido es muerte, es el deseo de la nada, deseo ejemplar y atroz, fin de toda saga, silencio definitivo de la palabra que fue pronunciada para perpetuar el tiempo del hombre y que se encuentra apabullada por la madurez del pasado: es el hueco en el sonido del habla.

Borges se balancea inquieto entre la memoria y el olvido; alguna vez se extasía en el vigor heroico de los antepasados, de antiguos guerreros sepultados por el polvo de la historia que el poeta intenta recuperar de la noche de los tiempos. Guerreros vikingos, guerreros de la independencia americana y de las luchas civiles que el poeta sueña en la convergencia tumultuosa de su sangre. Pasos que buscan rescatar esa otra ciudad que se escabulle hacia el Sur, allí donde el caminante busca detener el inexorable transcurrir del tiempo. Esa memoria atesorada en la escritura de Borges es redentora; como aquella imagen que aparece en las *Tesis de Filosofía de la Historia* y a través de la cual Benjamin nos habla de la memoria como reparadora de las generaciones vencidas.

La memoria, y eso Borges y Benjamin lo saben, es siempre dolorosa y lleva las marcas imborrables de lo punitivo; también allí donde nos ofrece las imágenes de una felicidad pasada. Precisamente allí donde la punzada de dolor se hace más intolerable. El olvido, en cambio, teje su manto protector y cura las heridas; pero también desliza en nosotros el silencio aterrador y ciega nuestros ojos que ya son incapaces de mirar hacia atrás. «Jamás podremos rescatar del todo lo que olvidamos —escribe Benjamin—. Quizás esté bien así. El choque que produciría recuperarlo sería tan destructor que al instante deberíamos dejar de comprender nuestra nostalgia. De otra manera la comprendemos, y tanto mejor, cuanto más profundo yace en nosotros lo olvidado. Del mismo modo que la palabra perdida, que acaba de huir de nuestros labios, nos infundiría la elocuencia de Demóstenes, así lo olvidado nos parece pesar por toda la vida vivida que nos promete (...). Quizá sea la mezcla con el polvo de nuestras moradas derrumbadas lo que constituye el secreto por el que pervive» (*Infancia en Berlín*, pág. 76). Olvidamos para recordar; soportamos la dureza de la marcha porque somos capaces de olvidar el sufrimiento de las generaciones pasadas. Sin embargo siempre están los que recuerdan, los que insisten, aunque no lo quieran, con el duro trajín de la memoria que va tomando forma a través de los filigranas del escritor. Borges, el memorioso, pertenece a esa saga de hombres surcados por una escritura destinada a volver hacia atrás, a detenerse en esas zonas borrosas que la mayoría de los hombres prefieren pasar por alto. Borges se siente asaltado por los fantasmas del ayer, es un poeta que se deja decir por los sonidos de un pasado que desgarrar el presente. Sus versos hablan por él:

Entra la luz y asciendo torpemente
De los sueños al sueño compartido
Y las cosas cobran un debido
Y esperado lugar y en el presente
Converge abrumador y vasto el vago
Ayer: las seculares migraciones

Del pájaro y del hombre, las legiones
 Que el hierro destrozó, Roma y Cartago.
 Vuelve también la cotidiana historia:
 Mi voz, mi rostro, mi temor, mi suerte.
 ¡Oh, si aquel otro despertar, la muerte,
 Me deparara un tiempo sin memoria
 De mi nombre y de todo lo que ha sido!
 ¡Oh, si en esa mañana hubiera olvido!
 «El despertar»

Despertar y olvidar (que para el poeta significa el tránsito hacia la muerte), que se borren las imágenes abrumadoras del ayer, las que asaltan despiadadamente el sueño del poeta que, sin embargo, persigue a través del itinerario zigzagueante de su escritura la plenitud del pasado, quizá su propia perdurabilidad, sus inconfesadas aspiraciones de alquimista.

Pido a mis dioses o a la suma del Tiempo
 Que mis días merezcan el olvido,
 Que mi nombre sea Nadie como el de Ulises,
 Pero que algún verso perdure
 En la noche propicia a la memoria
 O en las mañanas de los hombres.
 «A un poeta sajón»

La pluma de Borges cruza los caminos y mezcla los sentidos; los dos ríos —el del Letheo y el de Aletheia— convergen en el mismo estuario. Que quede la palabra, la que fue ejecutada en un momento de bendita inspiración; una palabra para acompañar la noche de los hombres o, más intenso aún, sus mañanas, cuando el olvido amenaza con borrar todo y a todos. Borges se detiene en sus recuerdos, fatiga a lo largo de su obra aquellas imágenes que se detuvieron para siempre en su memoria: Palermo, la biblioteca de su padre, los veraneos en Adrogué, sus lecturas infantiles, Ginebra, las conversaciones con Macedonio Fernández, el sajón, la poesía de Whitman; pero quizás intuye también que existe una forma perversa del olvido fecundada en una época que ha hecho el culto de la fugacidad, que ha sacralizado la novedad y que vive fascinada por el esplendor agonizante de la modernidad, de la técnica abrumando la cotidianeidad de los hombres. Borges batalla contra esa forma de olvido, frente a ella se atrinchera en la memoria, vuelve una y otra vez a sus recuerdos, a sus libros y a su biblioteca; también se atrinchera en la escritura como refugio del erudito ante la embestida de la neobarbarie tecnologizada.

Su viaje hacia el anglosajón y hacia las sagas islandesas, su obsesión por una ciudad fantasmal y evaporada en el tiempo, la presencia permanente de sus lecturas juveniles, expresan el disgusto borgiano por una época despiadada y vacía; de un tiempo sin guerreros ni cabalistas, sin libros sagrados, de una época que se va quedando sin poetas. Por eso importa releer el pasado, sumergirse en él, reconociendo sus huellas en el presente. En Borges, a diferencia de Stephen Dedalus, la historia no es sólo pesadilla, el horror de la recurrencia de la que hay que tratar de escapar. Su